

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

AVENTURA

El vuelo del Graf Zeppelin alrededor del mundo ha despertado violentamente al explorador que duerme en cada uno de nosotros. Gentes pacatas, de espíritu notarial, apegadas a la letra de los documentos: "Con fecha de hoy han comparecido ante mí Don Fulano y Don Zutano a quienes conozco, etc., etc.", gentes tímidas que una creería incapaces de entreabrir el postigo en noche de vendaval, van por allí lamentándose de que la fortuna y la ocasión no les permitiera contarse entre los argonautas del dirigible portentoso.

¿Es que despunta como un cogollo verde sobre árbol carcomido y en día de primavera, el nomadismo primitivo? ¿O es que la gente está adquiriendo un nuevo concepto de residencia y ya no se siente adscrita a su terruño o a las cuatro paredes de su vivienda, sino que principia a ser el ciudadano del mundo y el posible navegante de los espacios? ¿O es que, sencillamente, se aspira a la aventura como una reacción ante la disciplina cotidiana?

¡Qué poco natural es la vida que llevamos! Uncida

al trabajo, aprisionada entre cuatro muros, recibiendo una porción mínima de sol, de luz, de aire, el alma se va imperceptiblemente encadenando a la monotonía vulgar, rutinaria y sin horizontes. Nos tornamos—sin darnos cuenta—esclavos, esclavos de la hora, del reglamento, de la minucia diaria y del diminuto ángulo en que se desarrolla nuestra labor. La belleza del campo, la soledad de la montaña, la inquietud del mar, la aventura imprevista nos llaman inútilmente. Los hábitos nos han clavado de pies y manos.

¡Disciplina de adoquín y de cemento armado! Esto es la ciudad y la vida civilizada para la mayoría de los hombres. ¡Pero, cómo no arrancarse a ella!

Lo que hay de inmortal en nosotros es lo que no se habitúa, ni se disciplina, ni se conforma. Luchar, hundirse en la novedad en busca de lo ignoto e incognoscible, hacer saltar en pedazos la rutina para crear un mundo mejor, esa es tarea de hombres.

¡Claro! A unos les falta la audacia, a otros el talento, a aquéllos la voluntad; los más están atados al potro de la dura necesidad; pero—sea como fueren las circunstancias—la voz esencial, aquéllo que constituye lo sustantivo en nuestra naturaleza, no se acalla, y de noche soñamos volando—con qué facilidad, ingrávidos, como rayo de sol en el aire—aunque de día sofoque-mos con cuidado los deseos aventureros que nunca logramos matar del todo...

Acontece un viaje alrededor del mundo por los aires... y las gentes ya no pueden sofocar más ese espíritu de exploración que la cotidiana disciplina aplasta. (Hoy en Europa, mañana en la sábana parda de Siberia, sobre los jardines sabios del Japón, y entre las tormentas de los aires y los oleajes abruptos del océano.) Se devoran los diarios y las noticias. ¡Quién fuera con ellos! Por primera vez en muchos años, el aire de la oficina resulta irrespirable; sosa, sin gusto, sin horizonte, estrecha, mísera la existencia que se ha vivido.

¡Alas! ¡Todos pedimos alas, pero ninguno sabe arrojar el lastre en el momento oportuno!

¡Cuántas cosas no se han enseñado y descubierto en estos últimos siglos, pero cuán poco sabemos todavía vivir, y qué mal vivimos todos. Disciplina, orden. Naturalmente son necesarios a la continuidad del esfuerzo. Pero la aventura, el impulso vital, el ansia de lo que parece imposible, es lo que pone en movimiento ese esfuerzo, es lo que lleva al descubrimiento y a la elevación espiritual. ¡Si tuviéramos todos un margen de aventura en la vida, si supiéramos dar al orden lo que es del orden y a la indisciplina lo que debe ser suyo! Si aprendiésemos alguna vez a libertar los impulsos de novedad y no les ahogásemos.

Mas, contra todas las imposiciones, basta que alguien se pasee libre por los aires para que se yerga el impulso dormido, y el aventurero, el descubridor, el libertador despierten.